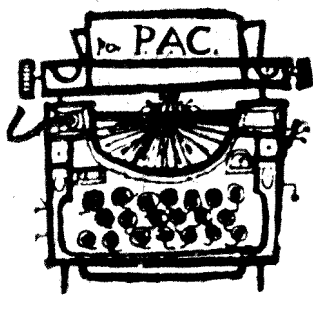


Escrito a máquina

Luna Y Paz



El día en que los tres osados astronautas norteamericanos viajen por primera vez alrededor de la Luna, será tal vez el mismo día en que un asustado campesino de Bolivia, o un impasible indio de Tarahumara tome por primera vez un avión; y puede ser también que ese mismo día un bosquimano de Africa o un compatriota Sumo de las montañas del Atlántico se monte por primera vez en un automóvil. Mientras una bomba atómica liquidaba a Hiroshima, miles de indígenas de Brasil o de Australia no usaban ni usan todavía más armas que las flechas. A treinta y un años del año 2.000 todavía la historia del hombre nos ofrece estas paradójales desigualdades. La carreta junto al jet. El arado de bueyes junto al prepotente tractor. El hombre de Acahualinca y el millonario de Wal Street. La Luna y el hambre.

¿Cuestión de regímenes? ¿Cuestión de sistemas socio-económicos? Ahora mismo, los dos sistemas que rigen el mundo —Capitalismo y Comunismo— compiten por la misma meta espacial. La evolución del hombre, su avance en lo que llamamos Civilización, ha tenido siempre esa forma angular de punta delgada y minoritaria que avanza mientras la inmensa masa humana queda atrás sin participar en tales conquistas sino más tarde o por reflejo o nunca.

Las conquistas sobre la naturaleza parecen seguir la misma ley de la naturaleza: son discriminantes. Como nace el torpe junto al inteligente, el desmedrado junto al fuerte, como hay zonas desérticas junto a tierras fecundas, palomas y gavilanes. No es la materia la que establece ni la que enseña esa ley de compensación que llamamos Justicia y menos esa otra mucho más exigente y penetrante que llamamos Amor. ¡Es el Espíritu!

Si al hombre se le deja en solo potencia —en solo civilización— movido por los únicos motores del Poder y la Riqueza, avanza, pero la punta pionera y minoritaria no sólo se desentiende del resto de los hombres sino que los explota y esclaviza para acelerar su avance. La historia de la mayor parte de los imperios antiguos, anteriores al Cristianismo, tuvo ese tipo de desarrollo humanista-anti-humano. Humanista: (a favor de una pequeña porción humana), anti-humano: (porque devoraba al resto de los hombres).

Fue Cristo el primero y el único que dejó caer, en el seno mismo de ese proceso de evolución de la historia que llamamos Civilización una semilla desconocida, germinal, explosiva. No la semilla de una idea. Ni siquiera se puede decir que la semilla de una Doctrina. Sino algo más: Una semilla viviente y sacramental de amor. Un fermento misterioso. El Cristianismo es un fermento que trabaja en la masa, y que sin entumir el proceso natural, antes alentándolo, lo dota de una sobrenaturaleza para que el hombre no discrimine al hombre, no lo excluya, no lo esclavice, sino que avance y progrese en hermandad, en comunidad, en comunicación de bienes y con una esperanza superior. El Mensaje del Cristianismo, en esencia, es: Amor y Resurrección.

El cristianismo surgió en la plenitud de los tiempos. Cuando el hombre había llegado a un momento de madurez en su evolución histórica. Y Cristo nace en la órbita del más grande imperio antiguo: el Romano. Es en el seno del gran imperio que va a gestar la llamada Civilización de Occidente, que, a su vez, es la que efectuará la gran evolución técnica del hombre, donde Cristo deja caer su semilla para que el avance pierda su calidad hiriente y anti-humana y vaya abriendo sus logros a favor del Hombre. Cristo no sólo vino a redimir nuestras almas sino a darle destino a la evolución humana. La democracia como ideal, o el Comunismo como ideal —por mucho que renieguen de Cristo— no se entienden ni se explican sin el presupuesto de ese Ser que nació y murió y dejó un germen de amor explosivo en el núcleo mismo del movimiento de la historia.

La coincidencia del actual vuelo a la Luna con las fechas de Navidad es una parábola viva de las ideas expuestas. Todo el valor científico de esta aventura, sus maravillas de precisión técnica, sus cálculos de portento, sus costos fabulosos, entre más altos y ambiciosos más parecen exigir ese otro hálito, misterioso y sutil que se desprende de ese humilde pesebre donde nace un niño miserable y divino. Al girar alrededor de la Luna el hombre proyecta la vastedad gigantesca de su poder, pero, qué peligro tiene de aplastarse con su misma fuerza si no equilibra, si no compensa su logro técnico con un avance moral, que, sólo puede lograr, girando simultáneamente alrededor de esa lección de humildad y amor que es el nacimiento de Cristo en una caballeriza.

Pero hay algo más: es hermoso que coincida con la primera salida del hombre de la Tierra

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

—a la Luna— con la fecha en que recordamos o revivimos la salida de Dios de su órbita —a la Tierra— donde se hizo carne y habitó entre nosotros.

El hombre que llega a la Luna obedece a la gran ley creadora del DIOS CREADOR. “El mundo —escribía Romano García— es un don, que, a semejanza del Donante, y por obra suya, es también creador”. Pero no se humaniza nada de lo que el hombre hace si no se enciende en la otra ley —del Amor— del DIOS REDENTOR”.

Por eso, mientras la técnica se impone como meta: la LUNA; oímos la voz del espíritu, en Pablo VI, gritando con angustiosa esperanza la otra meta: PAZ! —(Paz es justicia, paz es distribución de beneficios y de riquezas; paz es amor). LUNA y PAZ: dos metas simbólicas —anverso y reverso— del progreso actual del hombre. Porque además de la conquista del Espacio, el hombre tiene como destino la conquista de la Eternidad.

PABLO ANTONIO CUADRA